

# Francisco Hernández, Protomédico de Felipe II

Carlos Viesca Treviño  
Facultad de Medicina

El día primero de marzo de 1571 son aceptadas por la audiencia de México las cartas de presentación del Dr. Francisco Hernández y se hace oficial en la Nueva España, el título de protomédico, que Felipe II le confieriera. El hecho, en sí mismo protocolario, es a la vez simbólico del gran interés de la corona española por conocer la naturaleza del nuevo Mundo que el devenir de la historia había puesto en sus manos. Primero se establecen en las entonces Indias Occidentales la religión y la ley; se legislan la legitimidad de la conquista, la humanidad del indígena, la aceptación de la esclavitud y la exclusión del indígena de ella, la encomienda, la forma de evitar los abusos de autoridad... Pero, paralelamente crecen la sed por conocer sus contornos y su naturaleza y la curiosidad por lo exótico de sus culturas. De allí la existencia misma de los cronistas oficiales, de Pedro Mártir de Anglería y el gran Gonzalo Fernández de Oviedo de allí el interés del sevillano Nicolás Monardes para escribir y publicar sus tres libros sobre las "cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven al uso de la medicina..."; de allí que nacieran obras magnas, intentando cubrir el conjunto natural y humano de los territorios del Nuevo Mundo, como las del padre Sahagún, de Durán, o de Joseph de Acosta; de allí la inquietud del monarca para enviar gente connotada y del primer rango científico e intelectual para estudiar ese nuevo compartimiento de la naturaleza que el destino había hecho suyo; de allí la presencia de Francisco Hernández en la Nueva España.

Pero, veamos quien era el hombre.

*El hombre.*- Toledano, nació en Puebla de Montalbán,

por ahí de los años de 1517 ó 1518, sin que se sepa la fecha exacta. Con base en datos indirectos, Don Germán Somolinos, el biógrafo por excelencia de Hernández, sostiene la hipótesis de que éste estudió en la entonces flamante Universidad de Alcalá de Henares. Las características de la práctica médico-quirúrgica hernandina, incluyéndose la de practicar autopsias, el enfoque aristotélico en cuanto al estudio de la naturaleza, su amistad con el también toledano Juan Frago y con otros egresados de Alcalá son los elementos de juicio en los que basa su afirmación. Debíó de estudiar medicina alrededor de 1540, conviviendo con un nutrido grupo de maestros y discípulos entre quienes se encontraba la flor y nata de la medicina española renacentista: Andrés Laguna, una de las cumbres del pensamiento médico de su época y traductor de Dioscórides; Luis de Mercado, autor de un importante tratado sobre la peste; Valles, quien conjuntaba un amplio conocimiento de la medicina con el de la filosofía, conocedor a fondo y traductor de Aristóteles, Galeno e Hipócrates.

Ya graduado, se sabe que fue médico de Don Diego de Cárdenas, duque de Maqueda, en la ciudad de Torrijos, tiempos en los que inicia su traducción de la Theriaca de Nicandro de Colofon. Posteriormente, en 1555, le encontramos en Andalucía, explorando el reino de Sevilla en compañía de Frago y reuniendo material para una flora medicinal de la región. Por estas mismas fechas debió de contraer matrimonio con Juana Díaz de Paniagua, de quien sabemos que murió antes que él y que le dio dos hijos:

Don Juan Hernández, quien acompañaría más tarde a su padre en su viaje al Nuevo Mundo, y Doña María de Sotomayor, a la que, por estar soltera a la fecha de su partida, dejó bajo la custodia de las monjas de San Juan de la Penitencia en Toledo.

De Sevilla pasó a Guadalupe, en Extremadura, renombrada por su monasterio de frailes jerónimos y el excelente nivel de la medicina y especialmente de la cirugía. Somolinos ubica esto en los primeros años de la década del quinientos cincuenta o en los primeros de los sesentas. Ya como médico del monasterio y el hospital, continuó herborizando y haciendo clasificación botánica de las plantas reunidas o vistas y, de acuerdo con la ya añeja tradición del monasterio, efectuando disecciones anatómicas. Es muy importante el papel que Hernández dará a la anatomía en su vida futura, poniéndolo en evidencia en distintos pasajes de su obra, sobre todo en sus comentarios de algunos pasajes de Plinio. Estoy absolutamente de acuerdo con Somolinos en la relevancia del comentario hernandino, contenido en el libro XI, capítulo 37 de su texto pliniano, al expresar indirectamente su buen conocimiento de Vesalio y poner de manifiesto su actitud de criticar y corregir a Galeno no obstante que es por entonces cuando escribe su tratado, hasta hoy perdido, sobre la medicina y sus comentarios sobre los libros anatómicos de Galeno.

Toledo fue su siguiente paradero. El mismo Toledo que pintara el Greco, imperial en su personalidad y en su cultura. En la segunda mitad de los sesentas es donde debemos ubicar su estancia allí, practicando la medicina tanto en forma particular como colaborando en el Hospital de la Santa Cruz en donde, él mismo nos dice, practicaba la cirugía. Anatomista y cirujano, Hernández era un bicho raro para el patrón común en la Europa de entonces, aunque debemos precisar que si en algún lugar se recibió con apertura esta innovación, fuera de Montpellier donde la tradición de sus estudios era precisamente médico-quirúrgica, fue en España donde los recuerdos de la medicina árabe que consagrara tal unión eran aún muy fuertes, y a donde Vesalio llevara e inculcara los mismos principios, sólo que ahora planteados desde el lado de la modernidad: el conocimiento de la teoría debe culminar en el ejercicio de la práctica, y la teoría anatómica conduce obligadamente a la práctica quirúrgica.

A esta época toledana pertenece su traducción y comentarios a la Historia Natural de Cayo Plinio, la obra más importante de Hernández antes de su viaje a América, y en la cual establece su amplio conocimiento de la ciencia de la antigüedad y su implacable voluntad de cotejarla

con la realidad, provisto de un ojo crítico profundamente renacentista que le lleva con frecuencia a descubrir el error o la diferencia.

En Toledo procrea una hija natural, habiendo quedado viudo tiempo antes.

En 1569 cambia una vez más su residencia, ahora a Madrid, donde frecuenta la corte en la que antes hiciera ya incursiones, de alguna de las cuales surgiera quizá su amistad con Vesalio.

En el transcurso del tiempo durante el cual efectúa su traducción de Plinio es cuando recibe su nombramiento de médico de la corte, el 15 de julio de 1567, lo que concuerda con el hecho de que en algunos de los libros de Plinio empieza a aparecer la siguiente identificación "médico del invictísimo Phillippo segundo rey de España n.s.". Esto ubicaría el hecho todavía durante la estancia de Hernández en Toledo, lo que haría de su papel en la corte -sobre todo el inicio- algo muy itinerante con traslados con traslados frecuentes a Madrid y entrando tal vez en este contexto el viaje que hace entonces por Castilla hasta Valladolid y Salamanca.

Es en estos años cuando madura en su mente un posible viaje al Nuevo Mundo y Plinio es su modelo y lo continuará siendo por el resto de sus días. Estudiar la naturaleza de las Indias Occidentales, de América como serían después universalmente conocidas. Felipe II se había hecho asimismo consciente de la necesidad y conveniencia de fomentar e incluso patrocinar dichos estudios. Estaban allí las obras de García d'Orta, publicada en 1563, en la que éste expusiera su conocimiento sobre los simples medicinales de la India, y de Nicolás Monardes, quien, desde Sevilla, había estudiado al límite de sus posibilidades las substancias y plantas que eran llevadas de América y había llamado la atención acerca del caudal de saber que se desperdiciaba al no ir a estudiar en la Nueva España lo que allí era conocido por los médicos indios. En un vasto plan para llenar ese hueco, enviando figuras de primera magnitud científica, el rey nombra a Hernández Protomédico de todas las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano, nombramiento que incluían un copioso sueldo de dos mil ducados al año y el compromiso de estudiar los elementos medicinales existentes en la Nueva España y el Perú. Paralelamente, Cristóbal de Acosta era enviado a la India con propósitos semejantes. El mandato de Hernández debería durar cinco años.

A fines de agosto de 1570, nuestro personaje parte de Sevilla rumbo a Sanlúcar de Barrameda y de allí al Nuevo Mundo. Una escala en Canarias le permite explorar la flora local y escribir un pequeño tratado, hoy perdido, al

respecto. Para el 25 de noviembre presenta su título en Santo Domingo y, tras pasar por Cuba, arriba a Veracruz entre los últimos días de enero y los primeros de febrero de 1571. El 1° de marzo siguiente está presentándose ante la audiencia de México.

Durante su estancia en la Nueva España, Hernández tuvo una serie interminable de contratiempos burocráticos, en los que no nos detendremos mayor cosa: dificultades para la aceptación de su título, reticencia de los médicos para aceptarlo como autoridad, retardos en proporcionar los medios para poder trabajar, negación de su jerarquía, maniobras del Virrey, primero obtaculizando su trabajo, luego tratando de apropiárselo y hacer gala con sombrero ajeno. Sin embargo, nada de esto pudo detenerlo y pronto emprende sus andanzas, recorriendo casi todo el territorio del virreinato, teniendo como centros de operaciones de Ciudad de México u Oaxtepec, donde se encontraba el recién fundado hospital para convalecientes sobre lo que fueran los jardines de los antiguos señores mexicas y donde, por lo tanto, contaba con profusión de plantas medicinales que eran allí cultivadas.

Acompañado por su hijo, por el geógrafo Francisco Domínguez, quien había de levantar mapas del territorio novohispano, y por un pequeño grupo de ayudantes, en los tres años siguientes, recorrió incansable toda la zona central de México, empezando por los alrededores de la ciudad y cubriendo después las áreas correspondientes a los actuales estados de Morelos, México, Puebla, Tlaxcala e Hidalgo. El grupo hace también un viaje al mar Austral, explora Oaxaca, Michoacán y la región del Pánuco. Es muy probable, ya que, aunque no existen referencias específicas en su obra, menciona datos de estos lugares, que también hubiera ido a Taxco, a Querétaro y a Guanajuato. En todos sitios identifica plantas y recoge ejemplares y semillas, localiza a los médicos nativos y les pregunta acerca de sus conocimientos sobre las enfermedades —con los cuales muchas veces no coincide, y declarándolos falsos al no expresarse congruentes con la teoría médica europea— y en relación con las medicinas que usan, inquiriendo todo género de detalles referentes a su utilidad inmediata y a su clasificación. Observa su uso y va cobrando conocimiento y confianza en los nuevos medicamentos, al extremo que cuando, en 1572, cae presa de una enfermedad de las vías urinarias elige el mexiquilitl (*Lepidium granulare*) entre los demás medicamentos accesibles, logrando su curación.

Durante su estancia en Oaxtepec y más tarde, tras su

regreso a México, en marzo de 1574, en el Hospital Real de Indios experimenta ampliamente los efectos de los medicamentos recién conocidos por él, cotejando lo que le habían dicho sus informantes indios con lo que le decía la teoría galénica y lo que veía con sus propios ojos. Es así como va surgiendo el contenido de lo que sería su *Historia Natural de la Nueva España*.

Tras una prórroga de sus funciones como Protomédico y posponiendo la exploración del Perú para mejores momentos, minadas su salud y su voluntad está listo para regresar a España a principios de 1576. Sin embargo, queriendo completar algunos estudios envía al rey diez y seis volúmenes preciosamente empastados junto con muestras de algunas plantas y semillas. Es merced a esta contingencia que Hernández se encuentra en México cuando, unos meses después, en agosto del mismo año, estalló la pavorosa epidemia de cocoliztle, a la cual me referiré al tratar de la obra de Hernández.

Finalmente, en la primavera del año siguiente, con un gran bagaje de libros, cuadernos de apuntes y especímenes, el Protomédico marcha a España. Lo encontramos en Sevilla en septiembre disponiendo y dando instrucciones para que se siembren, en el Alcázar, el bálsamo (*Miroxylon pereirae*), el yoloxóchitl (*Talauma mexicana*), los pinipiniches (*Euphorbia centuneuloides*) y otras muchas especies de plantas medicinales. Para octubre está en marcha hacia el frío invierno madrileño, iniciando una odisea que no esperaba: la de la publicación de su obra, que nunca alcanzaría en vida.

Hernández fue bien recibido en la corte, confiándosele incluso el cuidado del recién nacido heredero del trono, el futuro Felipe III, muestra de gran confianza dada la fragilidad de los hijos de Felipe II. Pero, de su obra, sólo alabanzas y halagos. Sus volúmenes ocuparon un buen lugar en la estantería del Escorial, sus láminas, puestas en madera, fueron colgadas en los muros de la real cámara, y nada más. Contra su voluntad fue encargado un resumen a otro médico de la corte que, al parecer, no tenía ni el conocimiento necesario para hacerlo ni la proximidad a Hernández que obviara la carencia.

Muere Hernández en Madrid el 28 de enero de 1587, siendo sepultado en la Iglesia de la Santa Cruz, frente al altar dedicado a San Cosme y San Damián, patronos del gremio médico. Tenía cerca de setenta años y llevaba a cuesta la gloria de una empresa inigualada, la de reconocer la individualidad de la naturaleza del Nuevo Mundo y de medirla con la misma medida que se aplicaba al Viejo, la de su ciencia, y el gran desencanto de no ver su obra ni difundida ni colocada en el sitio que merecía.